

Konrad Lorenz

HABLABA CON LAS BESTIAS, LOS PECES Y LOS PÁJAROS

Traducción de Ramón Margalef

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Er redete mit dem Vieh, den Vögeln und den Fischen*

1.^a edición en colección Fábula: junio de 1999

1.^a edición en esta presentación: noviembre de 2017

Este libro fue publicado por primera vez en 1949 por Dr. Gerda Borotha-Schoeler Verlag, Viena

© 1983 dtv Verlagsgesellschaft mbH & Co. KG. Múnich/Germany. www.dtv.de

Este libro fue negociado a través de la Agencia Literaria Ute Körner, Barcelona

– www.uklitag.com

© del prólogo: Miguel Delibes de Castro, 2017

© de la traducción: Ramón Margalef, 1999

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-454-4

Depósito legal: B. 16.264-2017

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación:

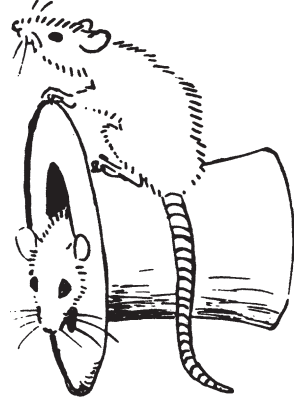
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Queríamos ser Konrad Lorenz, <i>por Miguel Delibes de Castro</i>	9
Sobre algunos defectos de fábrica. Un prólogo compungido a la segunda edición austríaca	17
Prólogo	21
Los animales pueden resultar incómodos	25
Algo que nunca puede causar daño: un acuario	37
Dos animales de presa en el acuario	47
Sangre fría	55
Sempiternos camaradas	75
El anillo del rey Salomón	125
Nuestra pequeña <i>Martina</i>	145
Hazme caso y no compres ningún pinzón	163
La compasión hacia los animales	187
La moral y las armas	197
Después de todo, la fidelidad existe	221
Reírse de los animales	239
<i>Créditos de las imágenes en las guardas</i>	253

Los animales pueden resultar incómodos



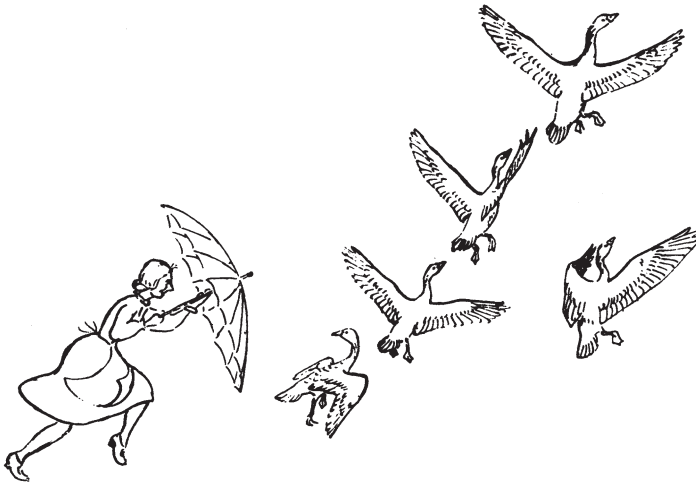
¿Por qué deseo tratar previamente de los lunares y sombras que enturbian nuestra convivencia con los animales? Porque el grado en que estamos dispuestos a tolerar estos aspectos menos agradables, a sacrificarnos por ellos, nos da una medida de nuestro amor hacia los animales. Siento una gratitud inmensa hacia mis pacientes padres, que se limitaban a menear la cabeza o a suspirar resignadamente cada vez que, en mis años de escolar y joven estudiante, traía a casa un nuevo «inquilino» que sólo podía augurar inéditos maleficios. ¡Y lo que ha tenido que aguantar y conllevar mi esposa en el transcurso de los años! No sé de otro que se atreviera a pedir a su mujer que dejara correr por su domicilio una rata que, aun siendo mansa, sabe cortar preciosos agujeritos circulares en las sábanas para procurarse el material con que mullir su nido. O tolerar que una cacatúa se dedicara a arrancar todos los botones de la ropa tendida en el jardín. O que un ganso montaraz pernoctara en el dormitorio, para salir volando cada mañana a través de la ventana. Y es de notar que los gansos montaraces son incapaces de aprender a conservarse limpios dentro de las habitaciones. Y ¿qué diría cualquier mujer cuando averiguase que los vistosos puntitos azules que dejan esparcidos sobre muebles y tapicerías ciertos pájaros después de comer bayas de saúco son completamente indelebles...? En fin, esta exposición se haría casi interminable.

Se me preguntará: ¿es absolutamente necesario todo esto?

Y mi respuesta será un «¡sí!» rotundo y categórico. Desde luego, es posible encerrar a animales en jaulas adecuadas para tener en el salón; pero sólo se puede conocer a los animales superiores y de mayor inquietud psíquica cuando se deja que puedan moverse con entera libertad. ¡Cuán pobre e interiormente mutilado nos resulta un mono, un prosimio o un gran papagayo, acostumbrado a vivir en una jaula, y cómo contrasta con la increíble movilidad, diversión e interés del mismo animal cuando goza de absoluta libertad! Sea como fuere, es condición previa estar dispuesto a aceptar daños y molestias. El tener a los animales superiores en libertad ilimitada ha sido siempre mi especialidad, aunque por razones de método científico, puesto que una parte muy considerable de mis investigaciones la he llevado a cabo con animales libres y mansos. La tela metálica de las jaulas ha desempeñado en Altenberg un papel poco corriente e incluso opuesto al habitual: debía impedir que los animales entraran en la casa o en el jardincito que hay delante.

También les estaba rigurosamente prohibido permanecer dentro del vallado que circundaba los bellos parterres de flores. Pero tanto para los niños como para estos inquietos animales todo lo prohibido tiene una mágica fuerza atractiva. Añádase a esto que los gansos montaraces, deliciosamente afectuosos, necesitan la compañía humana. Así, una y otra vez, antes de que uno se apercibiera, de veinte a treinta gansos estaban paciende en los parterres floridos o, mucho peor, invadían la galería con ruidosos saludos. Ahora bien, es extraordinariamente difícil mantener alejada de un determinado lugar un ave que puede volar y que no teme al hombre. De nada servían los gritos estentóreos ni mover los brazos violentamente. El único espantajo resultó ser un enorme parasol de jardín, de color rojo subido. Cual antiguo caballero lanza en ristre, mi esposa avanzaba hacia los gansos con el parasol plegado bajo el brazo, se detenía lanzando un grito de guerra y abría de golpe el parasol. Esto era más de lo que po-

dían tolerar nuestros gansos, y la bandada se elevaba ruidosamente por los aires.



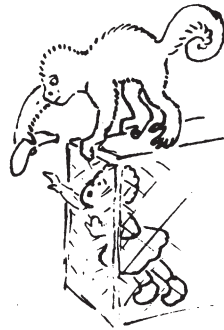
Por desgracia, mi padre anulaba en buena parte todas las medidas adoptadas por mi esposa para la educación de los gansos. El buen señor se había aficionado a estas aves, atraído especialmente por el comportamiento «caballeresco» y valeroso de los machos, y nada podía evitar las invitaciones diarias a los gansos en la galería. Puesto que por entonces su vista no era ya muy buena, no advertía bien las consecuencias materiales de semejantes visitas de los gansos, a no ser que pusiera el pie encima. Un atardecer, al acudir al jardín, eché de menos, con asombro, la mayor parte de los gansos. Temiendo lo peor, me dirigí al estudio de mi padre y, ¡oh, santo cielo! Sobre una preciosa alfombra persa se habían instalado veinticuatro gansos en torno a mi buen progenitor, el cual estaba sentado ante su mesa de trabajo, tomando té, leyendo el periódico y dando a las aves trocitos de pan. No cabía duda de que los gansos se sentían algo extraños en la habitación, pues daban ciertas muestras de nerviosismo, que se manifestaba de manera muy poco agradable en su actividad intestinal.

Lo mismo que otros animales que tienen que digerir mucha fibra vegetal, el intestino ciego de los gansos está muy desarrollado, y en su interior la celulosa se convierte en asimilable para el animal después de ser descompuesta por la acción de determinadas bacterias. Por lo regular, a cada seis u ocho evacuaciones normales del intestino corresponde una del contenido del ciego, que se caracteriza por un típico olor fuerte y que es de color verde oscuro muy intenso. Pero cuando uno de estos gansos se siente cohibido o nervioso, las evacuaciones del intestino ciego se suceden rápidamente. Han pasado más de once años desde esta visita de los gansos, y durante este tiempo, las manchas de color verde oscuro sobre la alfombra sólo han empalidecido, y actualmente son de un verde amarillento.

En resumen, los animales vivían en completa libertad y estaban familiarizados con nuestra casa. Tendían siempre a venir hacia nosotros, no a escapar de nosotros. Las frases que en cualquier otra vivienda podrían ser: «El pájaro se ha escapado de la jaula, ¡cierra aprisa la ventana!», en la nuestra era: «¡Por Dios, cierra la ventana, que la cacatúa —o el cuervo, el maki, el capuchino— quiere entrar!». La aplicación más genial del «efecto inverso de las alambradas» fue experimentada por mi esposa cuando nuestro hijo mayor era todavía muy pequeño. Precisamente entonces teníamos algunos animales grandes, que podrían ser peligrosos: cuervos, dos grandes cacatúas de moño amarillo, dos makis mongoz y un mono capuchino, a los que —en especial a los cuervos— no era prudente dejar solos con el niño. Como solución más práctica, mi mujer improvisó una gran jaula en el jardín y metió en ella... el cochecito con nuestro hijo.

Por desgracia, en los animales superiores la capacidad y la tendencia a causar daños guarda proporción con sus facultades psíquicas. Por eso no conviene dejarlos que corran a sus anchas mucho tiempo, sin vigilancia, especialmente a los monos. Sin embargo, esta precaución no es tan necesaria con los prosimios,

especialmente con el delicioso maki mongoz, que durante muchos años nos proporcionó solaz y amistad, pues estos animales carecen de un verdadero interés para investigar los utensilios del menaje doméstico. Por el contrario, los verdaderos monos, e incluso los monos del Nuevo Mundo (platirrinios), que son filogenéticamente inferiores, se interesan con excesiva afición por todo



objeto nuevo, y tratan de «hacer experimentos» con él. Por interesante que esto pueda ser desde el punto de vista de la psicología animal, a la larga resulta una cualidad insoportable para la economía doméstica. Aquí va un ejemplo para ilustrarlo.

Cuando era un joven estudiante tenía en el piso de mis padres, en Viena, un magnífico mono capuchino (*Cebus fatuellus*), de sexo femenino, al que pusimos el nombre de *Gloria*. Vivía en una espaciosa jaula instalada en el cuarto que me servía de dormitorio y estudio. Cuando yo estaba en casa y la podía vigilar, la dejaba libre en mi habitación; pero cuando me marchaba, la encerraba en su jaula, en la que se aburría soberanamente y mostraba siempre deseos de salir. Después de una ausencia algo larga, al regresar a casa un atardecer y girar el interruptor, vi que la luz no se encendía; pero los chillidos de *Gloria*, que no procedían de la jaula, sino que venían de la barra de la cortina, no dejaban duda alguna acerca de quién era el causante de la avería eléctrica. Cuando volví con una vela encendida, puede ver, estu-

pefacto, la escena: *Gloria* había derribado de su soporte la pesada lámpara de bronce que tenía en la mesita de noche, la había arrasrado a través de la habitación —aunque olvidándose, como es natural, de sacar el enchufe de su base—, la había subido hasta el acuario más alto, y con ella golpeó y rompió, como con un ariete, el grueso cristal que hacía de tapa, de manera que la lámpara se hundió en el agua. Ésta era la razón del cortocircuito. Entonces, o quizás antes, consiguió abrir mi librería —extraordinaria proeza, si se tiene en cuenta la pequeñez de la llave—, sacó los volúmenes II y IV del texto de *Medicina interna*, de Strümpel, llevó los libros hasta el soporte de los acuarios, los hizo trizas y metió en los acuarios todos los pedacitos de papel. En el suelo quedaban sólo las tapas vacías, sin un trocito de papel de las páginas. En los acuarios se veían tristes actinias con los tentáculos completamente empapelados...

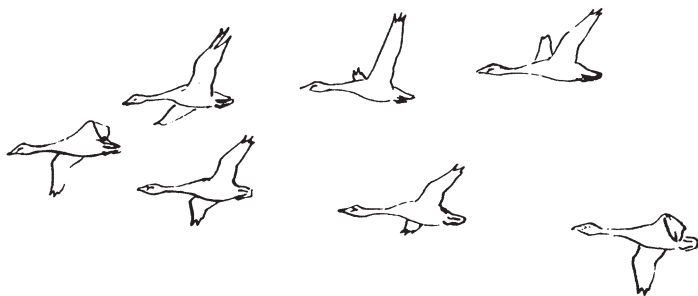
Lo interesante de este incidente fue la tenacidad que *Gloria* demostró en sus investigaciones: el mono tuvo que invertir un tiempo considerable en llevar a cabo su proeza, y ya, sólo desde el punto de vista físico, el trabajo realizado era ciertamente importante para un animal tan pequeño. ¡Lástima que resultara tan caro!

¿Existe algo positivo que compense esta serie interminable de disgustos y dispendios que supone el tener a los animales libres en casa?

Huelga tratar de las razones de método que, para determinadas investigaciones de psicología animal, hacen indispensable disponer de un animal de experimentación psíquicamente sano, no influido por los perniciosos efectos de la cautividad. Independientemente de ello, el animal libre que podría escapar, pero prefiere quedarse, y precisamente se queda por haberme cobrado afición, proporciona un placer inenarrable. Cuando, durante un paseo por las riberas del Danubio, oigo la voz sonora del cuervo y, a mi respuesta, el gran pájaro encoge sus alas allá en lo alto y

se precipita en silbante caída, frena con un hábil aletazo y se posa, con delicadeza ingrávida, sobre mi hombro, compensa todos los libros desgarrados y los huevos de pato totalmente vaciados que el cuervo tiene en el «debe» de su cuenta.

El encanto de la vivencia no desaparece aunque se haga habitual y el ave de Odín se haya convertido para mí en un compañero tan normal como para otro puede ser un perro o un gato, pues el animal, una vez que ha adquirido confianza, no sólo me da lo que en aquel momento le ofrece su destino, sino también aquello cuyos recuerdos despierta en mí. Así, un día neblinoso de principios de primavera marchaba yo hacia el Danubio. La cinta del río, estrecha y sombría, presentaba aún su aspecto invernal. A lo largo del cauce viajaban porrones, serretas y, de vez en cuando, alguna bandada de gansos o ánsares frontialbos y campestres, y, entre ellos, un grupo de gansos grises o comunes. Vi que el ganso que volaba en segundo lugar a la izquierda de la escuadrilla triangular carecía de una de las plumas remeras de un ala. Y entonces reviví interiormente cuanto sabía de aquel ganso y de la pluma que le faltaba, del accidente en que la perdió. Porque, desde luego, los viajeros son *mis* gansos, pues no hay otros de su especie en el Danubio, ni tan sólo en tiempo de migración.



Por tanto, el segundo ganso del ala izquierda del triángulo es *Martín*, un macho. En su tiempo se «prometió» con mi ganso domesticado *Martina*, y por esta razón se le dio un nombre. An-

tes era sólo un número, ya que únicamente recibían nombre los gansos criados por mí. En los gansos grises o comunes, el novio sigue a la novia, literalmente, a todas partes. Puesto que *Martina* se movía a su talante y sin miedo alguno por todas las habitaciones de nuestra casa, sin pedir consejo al novio que había crecido en el exterior, éste se veía forzado a arriesgarse en habitaciones desconocidas. Si se piensa en los inconvenientes que representa para el ganso —como ave de grandes espacios libres que es— el moverse entre matas o bajo los árboles, podemos considerar a *Martín* como un pequeño héroe cuando, con el cuello erguido, sigue a su amada a través del umbral de la puerta, hacia el vestíbulo, y luego escaleras arriba, hasta el dormitorio. Todavía lo veo en mitad de la habitación, altivo y estirado, con el plumaje extraordinariamente alisado sobre el cuerpo, el pico abierto, temblando a causa de la tensión interna que lo embargaba, pero silbando fuerte y retando a combate a los grandes desconocidos. En aquel momento se cierra violentamente una puerta tras él. Que permaneciera impasible era pedir demasiado, incluso a un ganso heroico. Emprendió el vuelo y se lanzó en línea recta sobre la lámpara. La lámpara perdió algunos abalorios, pero el caballero *Martín* perdió una pluma remera.

Esto es lo que sé sobre la pluma que le falta al ganso que vuela el segundo a mano izquierda; pero sé también otras cosas y, por cierto, más reconfortantes. Sé, por ejemplo, que cuando vuelva a casa después de mi paseo, los gansos estarán en la escalera delante de la galería y me saludarán con los cuellos estirados, lo cual, entre gansos, viene a tener el mismo significado que el menear la cola el perro.

Y mientras sigo con la vista a los gansos, hasta que desaparecen en el próximo meandro del río, volando a escasa altura sobre el agua, me embarga súbitamente la admiración por lo que me es familiar, y que es el nacimiento de toda filosofía. En lo más profundo de mi ser me sorprende de que sea posible entrar en una

relación de tanta confianza con un ave que vive en libertad, y tengo la sensación de que este hecho constituye algo extrañamente consolador o satisfactorio, como si por él se pusiera de nuevo a nuestro alcance una pequeña porción del Paraíso del que fuimos expulsados.

Los cuervos están ahí; los gansos emigraron quién sabe dónde desde la asediada ciudad de Königsberg, en cuya Universidad profesé últimamente. De todas mis aves voladoras sólo quedan las chovas o grajillas. Fueron los primeros pájaros que instalé en Altenberg. Las aves, para las cuales parece que no pase el tiempo, siguen describiendo sus círculos alrededor de los elevados pináculos, y sus sonidos claros, cuyo significado entiendo hasta en sus menores detalles, siguen resonando a través de la chimenea y llegan hasta mi estudio. Y, año tras año, sus nidos obstruyen la salida del humo y me crean conflictos al causar daños en los cerezos del vecino.

¿Comprenderá ahora el lector por qué los enfados y los dispendios no sólo son compensados por los resultados científicos obtenidos, sino por algo más, por algo que vale mucho más?

